

El abrazo como pedagogía

Ali fue mi primera profesora de actuación mujer. Acostumbrada a tener docentes hombres al frente de una clase, este detalle no solo no pasó desapercibido para mí sino que fue altamente estimulante y marcó un precedente en mí. Fue la primer referencia en la cual yo pude proyectarme, y qué referencia, vara alta si las hay. La recuerdo entrando a la sala en zapatillas de treking y babuchas, con una simplicidad que nunca coincidió con esa aura leonina que la acompañaba a todos lados. Si tengo que describirla en una palabra como docente o como mujer, pienso siempre en “leonina”.

Sus clases eran un desafío y una caricia, un salto al vacío y un colchón cálido al final de la caída. Nunca la teoría y luego la práctica, siempre al revés, como una cachetada para quienes abusamos de asegurar el terreno antes del arrojó. Primero probá, arriesgá, después charlamos y lo pensamos. Pensar y escribirlo. La bitácora como testamento del proceso artístico, como cuaderno de alquimista que prueba y reprueba y vuelve sobre sus pasos en búsqueda de ese elixir de vida que es el acontecimiento teatral. El ejercicio del foco y la masa como procedimiento fundante para el teatro, pero también para la vida. Todo tiene un momento de acción y otro de escucha, de tomar la palabra y de darla, de destacar y de acompañar.

Y el abrazo. El abrazo como pedagogía de la ternura, de que lo que está pasando acá es más importante de lo que pueda llegar a pasar allá, en el escenario. El abrazo, la sonrisa y esos ojos de rayos eléctricos.

Yo invoco a Alicia en cada clase que doy, porque la alumna que fui con ella fue la más inspirada y la que más contenida se sintió a la hora del teatro. Invoco a Alicia cuando me subo a un escenario, porque cuando la vi actuar en “El Éxito” (una de las pocas veces que pude verla actuar) se me cayeron todas las vocales y las consonantes y subieron todas las certezas. Alicia sigue y seguirá, como todo gran docente, inspirando mi mejor versión.